



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Apartado 547.—Teléfono 1843



MARCA  
REGISTRADA

## SUMARIO

### UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

### LUIS DE OSSA

¡Las princesas!...

### LUIS ESTESO

...Y vamos tirando.

### JOSÉ MOREIRA

Secretos de uno mismo.

### FELIX DE PABLOS

La timidez de Enrique.

### MISTINGUETTE

¡Olvidol!...

### F. GONZALEZ RIGABERT

Juan Lanas.

### DEMETRIO

### y TONTOLÍN

Varios dibujos y retrato de

Miss Solvegue Allan

### MISS SOLVEGUE ALLAN

Que además de bailar muy bien las danzas orientales «da la casualidad» de que es muy guapa.



**5** cénts.



**P**OR culpa de troyanos y troyanos, es casi seguro, por no afirmarlo rotundamente, que este año teatral no funcione el Español. Ediles, empresarios, asesores, cómicos y danzantes, culpa de ello tienen. Con el Coliseo municipal de Madrid, ha ocurrido lo que en ciertas cosas que cuando son muchos á hurgarlas, se

excitan y enardecen hasta salirse de madre; y de madre y de padre, y de toda la familia se ha salido el asunto del clásico corral del Príncipe.

Lo que ha ocurrido en tan manoseada cuestión es que algunos ensoberbecidos histriones, eminencias para exigir y menos que medianías para justificar, siguiendo la

senda trazada por otros en años anteriores, creyeron que todo el monte era orégano y estuvieron jugando á la pelota con el bueno del doctor Madrazo, cuyo único delito, ha sido querer llevar á la farándula lo que ni aun en el terreno de las hipótesis puede, por lo visto, sacarse del sagrado campo de la Ciencia; viéronle hombre rico y creyéronle por ende chillado, y como tal es el tipo ideal del «carballo blanco», quisieron entrar á saco en aquella mina de diamantes que la fortuna les había deparado en forma de empresario altruista y como todos pretendían ser los primeros y si posible era los únicos, resultó que en esta disputa, no llegaron los perros de la fábula, pero, si llegó Madrazo y cansándose de hacer el primo, mandó á paseo á todas aquellas eminencias que ahora se van á harter de hacer gloriosas campañas en Trijueque, Mazarambroz y Mirganilla de Enmedio.

Como consecuencia de ello, puede ser que este año las damites animosas y las jamonas animadas no se desmoronen de emo-

## EN EL TEATRO



**Uno.**—No creas que es fácil tocar el clarinete, porque hay que apretar la punta del instrumento con los labios sin tocar con los dientes.

**La otra** (que es francesa).—Biblioteca Regional de Madrid del

ción viendo cómo el sicalíptico don Juan, se las arregla en sonoras rimas para fumarse la breva de doña Inés, aunque para mejor decir, y por tratarse de tan tierna doncella que está para profesar, en este caso no llega á breva; se queda en higo.

Algunos plumíferos de esos que destilan ironía y rezuman humorismo por todos los poros de su fecundo caletre, proponen que el Ayuntamiento, en vista de todos estos líos de Oliver, el malo, Madrazo, el cándido y Nieves Suárez, la inquieta, alquile el vetusto edificio para cine, lo ceda para almacén de carbón ó lo habilite para mondonguería municipal. De estas «ingeniosas» proposiciones, la última pudiera ser la más adecuada, porque allí podrían convertirse en sustanciosas longanizas y nutritivas morcillas, las producciones literarias de varios de esos áticos comentaristas, que no pudieron servirselas al público en forma de terroríficos dramones en el teatro objeto de sus disolventes ditirambos. Y de ahí su «hincha» que decimos los clásicos, con todos y contra todos.

Después de todo no es idea tan descabellada eso de cederlo para películas y variedades, porque para dormirse, ó lo que es peor, para envenenarse con los engendros que ahora paren los cerebros plumbeos de ciertos comediógrafos, es cien veces preferibles, que la sala se quede ó oscuras, y mientras la vista se recrea contemplando un abrupto paisaje, el tacto goza también parcheando, si puede, otros paisajes no menos abruptos, aunque, al hacerse la luz le digan á uno, con fingido reproche y entrecortado acento. «¡Qué a-brupto es usted só sinvergüenza!»

Yo, en el pellejo de nuestros municipales, lo sacaba á concurso, para que en él se explotase el género que se quisiera, desde el género dramático hasta el género femenino, incluyendo el género de punto, ó sea el mallot, que es el símbolo del desnudo cubierto.

Ya verá el Municipio cómo en seguida que lo saque se lo arrebatan de las manos, á pesar de que dicen que lo tiene descuidado y de poca vista, pero ya es sabido que dándole unos toques se queda como si acabase de ser estrenado.

Y más ahora que todas ó casi todas nuestras estrellas del género infino han dado en querer ser empresarias. En cuanto mascullan un cuplé, mueven un poco el solomillo y logran dos bombos en cualquier rotativo, ya las tienen ustedes dispuestas á ser empresarias. Lo que ocurre

es que á veces el negocio, por mucho que lo agite la interesada, se tuerce y no hay medio humano de volverlo á enderezar.

En cambio, otras, tienen mayor fortuna y basta que se queden con un local cualquiera, para que el público se lo llene inmediatamente, por muy grande que lo tengan, que los hay como plazas de toros. Todo está en hacerse cartel, y una vez ad-



—¡Qué gesto de desagrado pones! ¿Es que has leído alguna mala noticia?

—¡Casi nada! ¡Este alcalde, por meterse en todo, hasta se va á meter á reformar las limpiezas!

quirida notoriedad, ya pueden las agraciadas terderse á pierna suelta, pues el maná divino les entra por las puertas sin necesidad de que ellas se muevan para nada.

Y por si el propio y personal prestigio no fuera bastante, viene en su ayuda el resurgimiento de la famosa danza del vientre, que importó aquélla no menos famosa danzarina, que se llamaba la Bella Chiquita, y que cayó en justo desprestigio al ser groseramente imitada por algunas distinguidas fregatrices, que, en vez de darnos la sensación estética del arte, nos daban la

del proceso fisiológico de un purgante sumamente enérgico.

Débase este despertar á una bailarina danesa de enrevesado nombre, que está haciendo verdadero furor en una de esas catedrales del género sicalíptico, porque ahora todas se llaman catedrales, aunque no pasen de modestísimas cochiqueras. La tal artista, hace más evoluciones con el vientre que don Melquiades con la políti-



El.—¿Conque no se llaman medias de armar?  
La bailarina.—Sí, pero no arman más que cuando las tengo puestas.

ca, que también es cuestión de vientre, aunque con la diferencia que si los músculos abdominales de la danesa parecen de acero, los del otro resultan de á cero cincuenta.

¡Recordones con los movimientos de la danesa! Si *dan esa* y dan otras como esa, no hay duda que á esa Catedral van á ir una barbaridad de feligreses, y los que puedan tratarán de actuar de oficiantes y los que no, ya se conformarán con tocar á misa.

Total: que la gente le ha vuelto á tomar

el gusto á las danzas, y como consecuencia debemos irnos preparando á ver las burradas que para superar á la paisana de los célebres perros estarán preparando á estas horas las águilas de la pornografía.

Porque sin necesidad de esos estímulos las hay que parecen bombas aspirantes con más fuerza de absorción que las bombas del servicio de incendios conque tanto se bombea Reynot.

Y como además no son hijas del Norte como la danesa, sino hijas de país completamente caliente, en cuanto que se las achucha un poco, echan el motor á la rebata.

### Un pequeño REPORTER

**¡Las princesas!...** El *todo Paris* mundano se ocupa actualmente del escandaloso matrimonio de Guillermo D. (el gallardo aventurero explotador de las mujeres caprichosas), con Herminia Mounonblanc, que se ha casado llevando una dote de ¡cuatro millones de francos!...

La verdadera autora de este enlace extraordinario es la princesa Porphyre, amante actual del novio.

La princesa Porphyre es viuda: su marido tuvo el filantrópico acuerdo de morir dejando á su mujer en condiciones de consagrar libremente á la humanidad masculina, su codiciable juventud, su belleza y su dinero...

Porque importa advertir que la princesa es mujer que ha derrochado con sus amantes una fortuna cuantiosa; generalmente se enamoraba de pintores, cómicos, *viveurs*, gente, por lo común, alegre, pobre y gastadora. Los últimos francos de la princesa Porphyre se los había comido Guillermo. La joven, á juzgar por las apariencias, quiere mucho á su amante, le guardaba una escrupulosa felicidad, y solo en estos meses anteriores, forzada por la necesidad se decidió á abandonarse entre los brazos de algunos viejos ricos que la recuestaban... Y no hay para qué decir que Guillermo usaba sin ambages de aquel dinero tan penosamente ganado.

Sin embargo, el amor es pasión depurada que ennoblece y dignifica los corazones femeninos, porque la princesa Porphyre sentía horror á traicionar á su amante,

## ANUNCIOS ILUSTRADOS



«Señora cede habitación y dos duros por limpieza. Calle Z, núm. 12».

(De un periódico de la mañana).

aun cuando estas liviandades redundasen en beneficio de los dos.

—Si tú te casases con una mujer rica —hubo de decirle alguna vez la princesa Porphyre, remediarías mis necesidades, y yo entonces podría consagrarme en cuerpo y alma á tu amor.

—¡Sí, yo me casaría de buen grado!—repuso Guillermo —: ¡mas un pobre bohemio como yo, no puede aspirar á la mano derecha de ninguna moza rica!

Pero la princesa Porphyre no lo creía así, y desde aquel momento dedicóse á fomentar las relaciones entre su amiguita la hija del millonario Mounonblanc, y Guillermo. En esta empresa la sutil viuda ha derrochado todos sus prodigiosos recursos de seducción: hizo que Herminia conociese á Guillermo, la habló de su talento, de sus aventuras, ofreciéndole como un héroe novelesco, y cuando consiguió dislocar el corazón de la joven, preparó los hechos de modo, que Herminia fuese á ver á Guillermo una tarde, en cierto hotel amueblado .. y el galán, que jugaba de acuerdo con su querida, acudió puntualmente á la cita. En la mañana de aquel mismo día, la princesa Porphyre escribió á Mr. Mounonblanc, un anónimo en el que le indicaba la hora y lugar precisos en que su hija y Guillermo habían de verse. Y, en efecto, cuando Herminia reposaba entre los brazos del seductor el suave quebranto de haber sido vencida, penetró en la habitación Mr. Mounonblanc, acompañado de dos agentes de seguridad. Hubo una escena violenta, en la cual el ofendido padre

quiso vengar su honor por sí mismo; pero como Guillermo se mostrase propicio al casorio y el daño ya no tenía remedio ni componenda posible, Mr. Mounonblanc tuvo por cuerdo amansarse, y aquellas relaciones tan hábilmente preparadas, han terminado santamente en la aristocrática iglesia de la Magdalena.

∴

Lo escandaloso, es que desde que Guillermo D. se ha incautado del dinero de su esposa, los negocios de su fiel amiga la princesa Porphyre mejoran ostensiblemente y ahora se la ve todas las tardes paseando los boulevares en un *tiburí* guiado por un *groom* negro.

Luis de OSSA

París, 29 Septiembre.

## ...Y VAMOS TIRANDO

Se confesaba un casado diciendo: —Me la ha pegado mi mujer. —Eso es peor.  
—La perdono si ha pecado, porque soy consentidor.  
—¿Cómo es eso? —Por comer.  
—¿Y es guapa? —Lo que hay que ver.  
—¿Mientes? —¡Qué voy á mentir!  
—Bueno; me vas á decir dónde vive tu mujer.

Luis ESTESO

## Secretos de uno mismo

doncella de dudosa virtud:

*Palma ostenta, pues es uso,  
que aunque el mentir no es prudente,  
por a'go Dios no nos puso  
el corazón en la frente...*

De donde yo colijo, ó deduzco, que nuestra gran ventura es la capacidad que cada cual tiene de disimular sus sentimientos, y que, por tanto, nadie, que no posea una conciencia libre de toda vil pasioncilla, debe de concurrir á esos sitios donde, merced á sencillos fenómenos de hipnotismo, se desnudan las almas. La humanidad, en general, es mala; las ideas negras, criminales y mezquinas, abundan; si las frentes fuesen de cristal, cada ciudad parecería un presidio suelto.

Estas reflexiones me las sugiere el lance acaecido ha poco en cierto Salón, donde por veinte ó treinta céntimos, se exponen vistas cinematográficas, se hacen juegos de manos y se realizan maravillosas pruebas de adivinación y transmisión mental.

En la sala, como vulgarmente se dice, «no cabía un alfiler»: las emocionantes exposiciones cinematográficas habían concluido, produciendo con su ingrato tem-

El gran Cam-  
poamor escri-  
bía, dirigién-  
dose á cierta

blequeteo vago aturdimiento en los espectadores.

Luego aparecieron un hombre y una mujer: ella vestía traje moruno, con anchos calzones rojos sujetos á la caña del pie, ceñidor azul, chaquetilla corta y demás cintajos, collares y arrequives de la brillante indumentaria oriental: él, iba de frac... Hecha la presentación, el hipnotizador vendió concienzudamente los ojos á la joven, y luego de dormirla con una simple aproximación de cabezas y un rápido apretón de manos, se dirigió al público preguntando si había alguna señora ó caballero que quisiese saber algo.

—Pregunten ustedes lo que quieran, por difícil que sea —decía el hipnotizador—, en la seguridad de que serán inmediatamente contestados.

Un individuo preguntó:

—¿Cuándo compré el sombrero que llevo?...

La suggestionada repuso sin vacilar:

—No es sombrero, que es boina, y la compré hoy.

—¿Dónde?

—En la calle del Correo.

—¿Cuánto me costó?

—Tres pesetas.

El interrogador dió muestras de asentimiento y sorpresa, y todo el público vibró con sentimiento de ingenua admiración.

Yo mismo, pregunté:

—¿Cuántas monedas hay en el bolsillo derecho de mi chaleco.

—Once —repuso la joven.

Las conté; era cierto: tenía ochenta céntimos en once piezas. Y hasta declaró que me sentí algo inquieto, porque eso de tener el espíritu á merced del primero que quiera mirarnos por dentro, me parece un abuso de confianza.

Esta sospecha mía halló inmediata y casi trágica justificación. ¡Mire usted por dónde un mozalbeta, que ocupaba un asiento

## MADRILEÑERIAS



El borracho —¿Hay chuletas, maestra?

Ella. — ¡Si sigue usted magreándose, pué que las haga.

en la segunda fila de butacas, llevaba una carta para cierta señora que acompañada de su esposo, presenciaba el espectáculo desde una localidad próxima... ¡Y vean también, cómo un espíritu



—Pero general, si usted está ya como el gallo de Morón.

—Pues, con esa, yo me pasaría el resto de la vida polleando con usted.

mal intencionado, que estaba al tanto de aquel enredo, tuvo el negro pensamiento de resolverlo de golpe, poniendo allí mismo las cartas boca arriba...

Cuando el hipnotizador preguntaba por última vez:

—¿Hay algún otro señor que quiera comprobar por sí mismo la exactitud de estos fenómenos?...

—Quiero que la sugestionada le quite á aquel joven de la corbata verde una carta que tiene en el bolsillo interior de la americana y se la entregue al señor que en este momento está hablando con aquella señora gruesa...

Claro es que el *medium* ejecutó punto por punto, cuanto le pedían, mientras el pisaverde de la corbata color esperanza, que distaba mucho de sospechar la tormenta que contra la salud de sus huesos estaba tramándose, se dejó registrar, impasible. La formidable carta llegó á manos del esposo, quien, inconscientemente, leyó lo que en el sobre fué escrito. ¡Aquel

sobre iba dirigido á su mujer!... Lo rompió... Y, ¡no quieran ustedes saber más!...

Cuando el público candoroso se disponía á batir palmas otra vez, todos vimos con terror cómo el caballero que hasta allí estuvo acompañando pacíficamente á la señora gruesa, arremetía al joven autor de la carta, metiéndole de un puñetazo el sombrero hasta el cogote. El agredido, repelió la agresión, y si los del orden no acuden á tiempo, no quedan de ambos paladines... ¡ni los cuernos!

¡Ahl

*«...Por a'go Dios no nos puso el corazón en la frente...»*

Por todo esto prometo no asistir jamás á experimentos de hipnotismo; y si vuelvo alguna vez, será prudentemente armado de coraza y chichonera.

José MOREIRA

Bilbao, 30 Septiembre 1913.



—Portera ¿es aquí donde hay que arreglar unas bajadas?

—Ya, no señor. A la del principal que lo necesitaba se lo han arreglado hace un momento.

## La timidez de Enrique

El tranvía marchaba raudo en aquella tarde otoñal y lluviosa salpicando de fango á los escasos transeuntes que habían tenido el falaz capricho de deambular por las aristocráticas calles del ba-

### EL DEPENDIENTE VIEJO



*El comerciante.*—... y se la dejo en ese precio porque me estreno con usted.

*Ella.*—¡Pues ya tendría usted ganillas de estrenarse!

rrio de Salamanca. Enrique había lo tomado allá en Cibeles y recostado indolentemente en un rincón iba leyendo la misiva, mientras el eléctrico atravesaba Recoletos. ¡Y cómo gozaba él con la lectura de la carta de aquella linda y pizpireta marquesita que la noche antes Juanito le presentara en el Reall

Las mujeres son tremendas, completamente inexplicables —pensaba él—. La conocí anoche y hoy ya me invita á su casa para tomar el te en su compañía.

¡Y qué salto dió él de la cama aquella mañana del mes de Noviembre cuando el criado le despertara para entregarle aquella carta!

Volvió á leerla de nuevo. Una blanca mano femenil había trazado en aquel pa-

pel semiviado trazos graciles y cubiertos que eran toda su alegría: «*Distinguido amigo: Mañana, ó por mejor decir hoy, le espero á las cuatro y media. No saldre de casa y tomarem s juntos el te. Tuya, Aurea.—23-11 1911... á las tres de la mañana.*»

No cabíale la menor duda de que aquella mujer casi se le declaraba, y eso debió haber pensado él, si no fuese tan idiota, cuando la noche antes al presentársela, le dedicó una de sus más ardientes miradas de hembra en celo.

El tranvía entraba ya en la calle de Serano y Enrique allá para sus adentros iba pensando que á pesar de las insinuaciones de ella debía estar correctísimo, porque estas honraditas viudas son tan especiales

### CONVENCIDA



*El Chufas.*—Mira, Patro, que tengo la cabeza muy dura, que la tengo muy dura...

*Ella.*—¡Chico, ante un hombre que le pasa lo que á ti no hay mujer que se resistal



## COMPARACION



La que está echada.—Mira, este árbol le abulta la raíz más que el tronco.

La otra.—¡Ya, ya, no se parece á quien yo sé!

que cualquier arranque impulsivo viene á echarlo todo por tierra.

■

Vivía Aurea, la marquesa viuda de..., en un coquetón pisito allá casi al final de la calle de Serrano. La tarde de este día memorable en su historia amorosa, que para ella era de iniciación en el amor prohibido, estaba convulsa y nerviosa. Acicalóse cuanto pudo, cubrió su cuerpo con la menor ropa posible y después de dar las oportunas órdenes fuese á recoger el gabinetito que ella pensaba convertir en nido de sus amores y sacrificios ante el altar de afrodita.

La llegada de Enrique, que ella tanto deseaba, vino á aumentar su excitación. ¿Sería verdad todo aquello que la contaron de la varonil virilidad de aquel hombre y que á ella se le había obligado á dar aquel paso casi decisivo? ¡Chi lo sal! Poco tardaría en saber la verdad con todas sus consecuencias.

Una doncellita pasó al visitante al cuarto de la señora. Esta dió órdenes para que nadie los molestase y quedaron ambos solos, frente á frente. Empezaba la batalla; ella se presentaba con las armas de su belleza de mujer, espléndida y él con su porte señorial de talavera conquistador. ¿Quién vencería? La viudita estaba casi segura, segurísima del triunfo que su coquetería y su belleza le proporcionarían.

Empezaba el tiroteo. Había servido ella el te y mientras sus dientes pequeños de nácar trituraban una pssta, le daba una fingida excusa por aquello que ella llamaba su atrevimiento. Pero le había sido tan simpático la noche anterior que sin importarle las habillitas de la gente le citaba á su casa y le recibía á solas. Y entonces Aurea, reía, reía estrepitosamente, y echando hacia atrás su busto de diosa dejaba de entreveer por la abertura de la bata sus pechos abundantes y duros que parecían por lo sonrosado de su color amasados de leche y miel.

Enrique, mientras tanto, como si nada



Ella.—¡Ay, doctor, nada me hace olvidar á ese hombre, ni los viajes, ni los teatros, ni montar en bicicleta!

El médico.—¿Ha probado usted con el caballo?

## TÍTULOS DE OBRAS TEATRALES EN CARICATURA



«A fuerza de arrastrarse».

fuese con él. Correcto, impecable quitaba importancia al acto aquél de la marquesa que al distinguido *gentleman* le parecía de una distinción y delicadeza exquisita.

Varió ella de rumbo. Había que presentarle la manzana, invitarle, hacer que su cuerpo todo sintiese la animalidad de la bestia, á ver si de esa manera se lanzaba sobre ella loco, ebrio de lujuria, dejando solo obrar á su sensual y salvaje instinto.

Me han contado cosas muy malas de usted —le dijo—, y en tretanto cruzó sus piernas dejando al descubierto como si no lo hubiera notado hasta la misma rodilla mostrando la morbidez de sus formas embutidas en blanquecinas medias de seda.

—No sé, Aurea, lo que pueden haberle dicho. Pero créame, es más lo que se dice y chismorrean que lo que en realidad es.

—No, esto tiene una importancia grande. Me han dicho —y aquí ella hizo una pausada intencionada— me han dicho —continuó— que

no puede estar con usted una mujer sola cinco minutos, porque no contiene usted los impulsos de su carne casi salvaje.

Y ahora le miró fijamente para ver el efecto de sus palabras. La cara de él se contrajo un momento con un rictus lujurioso; ella sonrió esperando ya frenética el arranque brutal; pero la corrección se impuso y todo volvió á quedar como antes.

Siguieron hablando. Ella consumió todas las armas que su coquetería le prestara y al dar las seis, él, siempre correcto, despidióse prometiendo volver otro día.

Apenas había traspuesto la puerta de la estancia cuando ella rompió á reír estrepitosamente, exclamando:

—Y esto es el hombre tan... hombre, pues aviados deben estar los demás.

Desde entonces juró la marquesa no guiarse de los dichos ajenos y siempre que le cuentan alguna escena salvaje de amor dice sonriéndose:

—¡Bah, será como el otro!

Félix de PABLOS



Dos buenos amigos.

**¡Olvido!...** Ultimamente, si mal no recuerdo, te dije, lector querido, que muchas veces merecéis nuestro desprecio á causa de vuestra frivolidad; pero hoy voy á demostrarte, para contrarestar mis afirmaciones, que muy á menudo somos nosotras las que lo merecemos, y en particular yo.

No te figuras que tu Mistinguette, la que tan bien te aconseja y te da lecciones sobre la moral, se conduce siempre diariamente en sus asuntos de corazón, no; pues á veces le sucede todo lo contrario, andando siempre de *coronilla*, y peor que la más rematada tonta de capirote, porque en la seguridad de que no la pueden engañar, se engaña ella misma. — ¡Sí, *mes amours* me engaño yo solita!... — ¿En qué casos? — En casi todos; por desilusiones y por desencantos os podría contar mis tentativas de amor.

No sois vosotros siempre los culpables, pues ya te dije que muchas veces soy yo la que me engaño al suponer en los hombres falta de idealidades que no conocen, ó exclusivismos que casi nunca tienen. Por esto en la actualidad *no amo*, aunque en mi jardín florezcan las rosas... y en mi imaginación los sueños locos. *A ti* te mando estas. ¿*Rezón?* La más perentoria. Como no te conozco, te supongo como te deseo. El mal de todos mis males fué siempre (y lo seguirá siendo) *la sinceridad*, diosa trágica para mí, pues me hace luchar sin la defensa del *no creer*, sin las armas del *engaño*, ante un enemigo blindado en todas las perfidias, por suponerme *á mí* en contra suya... cuando *soy* el peor enemigo mío.

— ¿Ves lector de mis ensueños que reconozco todo esto? Pues siempre lo hago peor y no escarmiento ni pienso variar.

Pero á ti te aconsejo que sigas distinto camino. *¡Engaña y vencerás!* Finge y serás respetado. El poder es el arte de engañar á los otros...

Y si no lee lo que le sucedió á una de mis amiguitas de escuela y te convencerás.

||

Mister Harry era uno de esos vulgares ingleses honrados y honorables que no se cuidan más que de sus negocios, de su esposa y de sus hijos. Diez ó doce veces al año venía á París para negociar sus alfileres de acero «*dernier cri*», pero siempre iba á parar á la misma fonda, una de esas humildes pensiones de familia en donde lle-

gada la noche se dormía apacible y resignadamente con la Historia sagrada ó la Biblia en las manos.

De París, ciudad de los placeres por excelencia, mister Harry no conocía uno solo



Uno de los trajes que privarán este invierno en los días de sol.

y á parte de los barrios comerciales del Sentier y la Bolsa, no había nunca metido los pies en los cabarets de Montmartre ni en el más vulgar cine para ver sobre la película á la *sentimental* Mistinguette. Prefería siempre, según él, mil veces más las mujeres de Picadilly que las gentiles *trotin* que, tentadoras, se pasean por los jar-

## LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas á los treinta años.

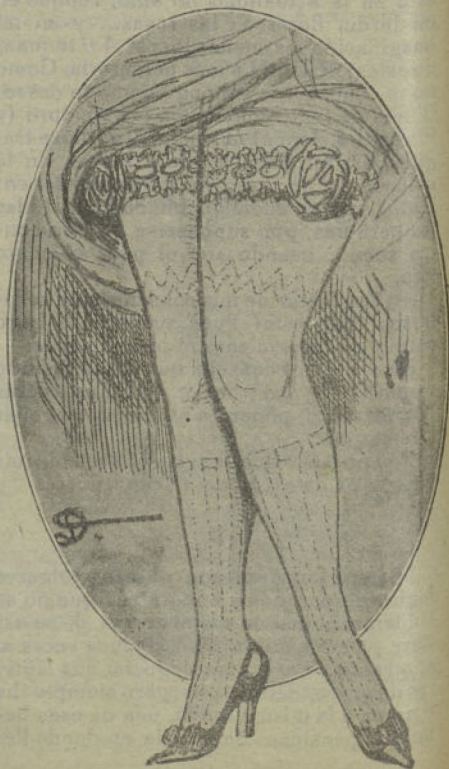
dines de Arts et Metiers. Salvo su moralidad, no ignoraba ni la pureza de las primeras ni la coquetería de las segundas, y según su costumbre, no olvidaba de encomendarlas á Dios, es decir, para que el cielo favoreciese á sus compatriotas y para que metiese en la senda del bien á las hijas de la nación amiga.

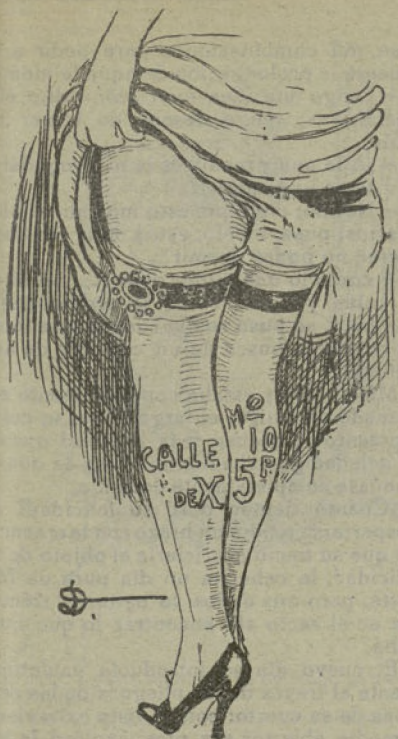
Cierto día en que había tomado uno de los paquebots, que hacen la travesía entre Folkestone y Boulogne-s-mer tuvo ocasión de ejercer sobre una de mis amiguitas, la cual tiene lo que vulgarmente se llama muy mala lengua, y además la manía de *hacerlo todo muy alto*, su vocación de misionario y de moralista; pero fué el caso que en vez de discursos á los salvajes en aquel viaje, se contentó con echar sermones á una bellísima criatura...

Minette, mi amiga, se encontraba, pues, sentada en un sofá, cerca del que había to-

mado asiento mister Harry, cogiéndose nerviosa á sus barrones para no caerse por el suelo, ante las caricias poco halagadoras del mar en cólera. Excuso decir que mi amiga, esta personita tan excitante, á la cual, como he dicho antes, no le iría del todo mal el tomar laxativo para lavarse la lengua, respondía á los caprichitos de las olas con palabras que los manuales de urbanidad prohíben rigurosamente. A cada movimiento del barco salían de su linda boquita imprecaciones contra el Santísimo, acompañadas, como es natural, de la célebre palabra de Cambrenne, palabra que Ninette pronunciaba con cierto desahogo, no obstante los admiradores de Wellington que en su compañía viajaban.

Mister Harry, que comprendía muy bien el francés, padecía más que los otros al ver que de una boca tan fresca salían frases que no todas eran flores ni perlas. Decidió inculcarle algunas palabras de la Biblia; pero fué el caso que en aquel mismo





momento un brusco movimiento, hizo balancear con más fuerza el barco mandando el cuerpo de Minette contra el pecho de mister Harry, del redentor improvisado.

Un perfume embriagador de *lilas-blanc* se despedía del pecho y cabellera de Minette, el cual perfume hizo penetrar en el corazón del moralista una especie de caricia paradisíaca. Ello fué que su cólera desapareció como por encanto y contestó con una amable sonrisa al decirle muy cariñosamente Minette:

—¡Pardon, monsieur!...

Con aquella sonrisa, Minette comprendió lo que pasaba por el corazón del inglés, y no se engañaba, pues el comerciante de alfileres que de costumbre se envolvía con todo el acero de su fábrica para ser invulnerable al amor, se sentía en aquella ocasión vulnerable por completo. A su cerebro, el cual se hubiese contentado estudiando su caso de sùbita transfiguración, se oponía su cuerpo con argumentos extraordinariamente indiscutibles. Una curiosidad extrema se apoderó de su ser ner-

vioso por el deseo, y le impulsaba á saber de aquella mujer lo que ignoraba de las demás.

—¿Cómo se llama usted señorita? —le preguntó decidido.

—Minette, caballero —contestó mi amiga mirándole de hito á hito.

—¿A secas?...

—¡Para mis adoradores solamente!...

Este corto diálogo fué el prólogo de aquella aventura amorosa, cuyo milagro se realizó en Boulogne. Al atracar el barco ante el lujoso muelle trasatlántico, mister Harry ya no era el vulgar inglés ni el honorable comerciante, sino el más vulgar de los enamorados, ardiente y fogoso, y decidido á no detener su pasión hasta... hasta lo irreparable. En cuanto á Minette su corazón no pedía otra cosa, pues tenía horror de la soledad... ¡la pobrel... y con razón sobrada decía para sí misma que el



En el próximo número «Cómo tienen las piernas á los diez y ocho años».

compañero de viaje sería el mayor de los consuelos...

Llegados que fueron á París no les faltaba más que pasar la noche como dos recién casados y como es muy natural Minette se encargó de dar las órdenes necesarias al *chauffeur* para que les llevase á uno de los mejores hoteles de la Avenida de los Campos Elíseos, á los cuales mi amiga tiene un inmenso cariño. ¡Es tan económica.

Ya en el hotel, les fué destinado uno de los mejores cuartos: era una verdadera *chambre* real, superior á la que se había forjado Minette en su imaginación, riquísima y adornada con sederías magníficas y caprichosas obras de arte. Minette estaba encantada ante tal magnificencia: su asombro no desapareció hasta que vió ante ella la figura risueña de mister Harry, el cual deseoso de su cuerpo le presentaba delicadamente una copa de champagne que el muy pícaro había mandado subir.

Bebió de un trago sin pestañear y se echó en los brazos abiertos que... su papá la presentaba...

François Coppès lo dijo: «El cansancio no reposa.»

Minette estaba como se dice por las nubes; se creía una princesa auténtica en viaje de placer, y en su cerebro se revol-

vían mil combinaciones para pedir á su amante la prolongación de aquella vida.

—Tengo una idea *mon bibi* —dijo ella decidida—; tengo deseos de tomar un baño...

—¡A la una y media de la madrugada!— ¿Tú estás loca, mujer?

—No, no; creo que esto me calmará los nervios, pues, créelo, estoy muy nerviosa y creo no podré dormir...

Y como lo que *mujer quiere...*, salió de la cama y ligera como la ardilla cogió una bata, se puso sus babuchas y salió de su cuarto en busca de un criado y de una bañera.

Mister Harry estaba completamente extenuado de fatiga: el largo viaje, su corto momento de placer, y la beatitud que en su soledad gustaba fueron causa de que se quedase completamente dormido.

¿Cuánto tiempo duró su felicidad? Al despertarse tendió un brazo con la creencia de que su mano acariciaría el objeto de su felicidad, la cabecita un día pura de Minette, pero sus dedos se agitaron trémulos en el vacío sin encontrar lo que buscaba.

El nuevo día se introducía paulatinamente al través de los pliegues de las cortinas de su cuarto: con su vista extraviada y medio abiertos sus ojos, exploró la es-

## LOS JUEGOS



De damas.  
Biblioteca Regional de Madrid

(Continuará).



El niño.—¡Pero, mamá, si yo no tengo ganas de hacer «pipí»!  
La mamá.—¡Pues yo sí quiero que lo hagas!

tancia sin descubrir á Minette: su corazón le dió un salto, y con él todo su cuerpo. Llamó: presentóse una camarera, la cual escuchaba atónita las quejas de mister Harry.

—Heme aquí, señora —decía el inglés— en el peor de los estados: figúrese usted que anoche alquilamos mi esposa y yo, para pasar la noche este cuarto, y habiéndole dado el capricho de tomar un baño salió á eso de la una de la madrugada de aquí y esta es la hora que no ha aparecido.

—Alabado sea Dios —contestó la criada como saliendo de un sueño—, al fin nos saca usted de un verdadero apuro: figúrese usted á su vez que en uno de nuestros salones hay una señora llorando amargamente, la cual después de haberse pasado la noche por el hotel buscando su cuarto después de haber pasado varios momentos en los que dormía un caballero solo ha tenido que pasar lo restante de la noche en un sillón; y todo á causa de haber olvidado el número de su cuarto y el... nombre de su marido...

¿Qué tal te parece á ti la historia, amado lector? —¿Qué deduces de ella?

Por mi parte, te diré que al saber lo sucedido, comprendí que hay en el mundo mujeres muy tontas y muy... poco formales —¿es este tu aviso?

### MISTINGUETTE

Paris, 28 Septiembre.

## Juan Lanas

Ocho meses llevaba casado con aquella mujer tan bella como arpía, y cuenta que difícilmente habríala podido encontrar mas hermosa el mismísimo Diógenes, si hubiérase tomado la molestia de buscarla con su linterna. Ocho meses que más que de matrimonio, podían llamarse de infierno,

### LOS RÓTULOS DE LAS TIENDAS



... y luego dicen que LA HOJA DE PARRA!

y creo que nunca se habrá empleado con mayor propiedad esta palabra.

Caprichosa hasta dejárselo de sobra, era el consuelo de esas mujeres que jamás encuentran satisfacción de sus caprichos

en nada de lo que sus maridos pueden proporcionarles.

¡Pobre Juan Lanás! ¡Pobre de mí!... ¿Paz? Nunca la hubo en mi casa, porque á pesar de que yo, desde el primer momento, habíame impuesto la penitencia de decir «amén» á cuanto oía de boca de mi esposa, de aquella falsa mujer que tantos juramentos me hiciera en días más venturosos, ella siempre encontraba motivos para injuriarme y no en verdad con las mejores palabras del diccionario castellano.

En fin, algunos de ustedes ya saben, por desgracia —¡por desgracia, sí!— lo que es una mujer cuando se propone «dar la lata» á un hombre bueno, como yo lo he sido en todos los instantes de mi vida.

Pero «he aquí —pensaba yo— la cruz que el Señor ha tenido á bien darme para ganar la gloria», y este pensamiento me hacía feliz en medio de mi desventura.

::

Habíame quedado profundamente dormido, y mi imaginación vagaba por mundos completamente desconocidos para mí hasta entonces. Mi figura, como la de quienes me acompañaban en aquel «viaje», había cambiado en un todo; no era la de un hombre, y menos la de un cuadrúpedo; consistía en «una especie de envoltorio» blanco, muy blanco, salpicado á trechos por unas manchas de diferentes tamaños: algo como un copo de nieve manchado del fango de la tierra, y pase la comparación...

Eramos almas, cuyos cuerpos habíanse quedado en este mundo, mientras nosotros, pobrecitas, teníamos que comparecer ante la presencia del Supremo Juez, quien, una vez juzgados nuestros actos, había de darnos nuestro merecido.

::

Llegó el momento solemne y, tras un minucioso examen llevado á cabo por un señor de luengas barbas blancas y aspecto venerable, oí una voz, la del Padre Eterno, que, dirigiéndose á mí, decía:

—Tú, al Limbo...

¡Pobre de mí! ¡Al Limbo yo, que con tanta resignación y paciencia había llevado en vida la cruz, creyendo hacerme acreedor á la gloria!...

En seguida otra voz más atiplada, y por cierto muy conocida para mí, me dijo:

—¡Juan Lanás habías de ser!... ¿Te convences de cómo en todas partes te toman por un «primo»?

...Era mi mujer, que aquella mañana me daba los «buenos días» riñéndome, como de costumbre, porque la noche anterior le había entregado una peseta falsa que me dieron con la vuelta de un duro en la tienda de comestibles de la esquina.

Federico González RIGABERT

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Aparecerá en breve

# HOY

Diario popular de la noche

Director: F. GÓMEZ HIDALGO